



**Emerging
Markets
Forum**

**EL SALTO DEL SIGLO XX AL SIGLO XXI
DEL “NEOLIBERALISMO”
AL “NEOPOPULISMO”
¿UNA CARACTERIZACIÓN SUFICIENTE?**

Carlos D. Mesa Gisbert

Discussion Draft

Part of the EMF Series of papers on Inclusive Economic Growth, National, Regional and International Financial Markets and Public-Private Partnerships for Regional Infrastructure Development.

**Latin America
Emerging Markets Forum 2007**

**EL SALTO DEL SIGLO XX AL SIGLO XXI
DEL “NEOLIBERALISMO”
AL “NEOPOPULISMO”
¿UNA CARACTERIZACIÓN SUFICIENTE?**

Carlos D. Mesa Gisbert

November 2007

EL SALTO DEL SIGLO XX AL SIGLO XXI DEL “NEOLIBERALISMO” AL “NEOPOPULISMO” ¿UNA CARACTERIZACIÓN SUFICIENTE?

Carlos D. Mesa Gisbert

La ilusión que vivimos en esta parte del mundo de algo que se desmorona y algo que nace, puede ser eso, sólo una ilusión, si no tomamos conciencia de la naturaleza del proceso político de América Latina en el paso de los siglos XX al XXI.

Los supuestos

La idea sobre la que hemos construido nuestra lectura es bastante simple y con elementos sin duda muy evidentes, pero no por ello suficientes para comprender lo ocurrido.

De acuerdo al análisis universalmente aceptado, el continente recuperó la democracia en los años ochenta, proceso en el que el re aprendizaje o el aprendizaje de la democracia tuvo un costo significativo de reajuste de los mecanismos de vinculación entre Estado y sociedad, a la vez que heredó las profundas huellas de las propuestas político económicas de los sesenta y setenta en una combinación compleja entre populismo, tercera vía y la famosa política de sustitución de importaciones a través de la construcción de economías autónomas bajo el modelo cepalino. A esto se sumó el precio a pagar por la feria de créditos fáciles y masivos en virtud de la disponibilidad de los petrodólares. La “década perdida” no lo fue si leemos la cantidad de elementos que la componen, pero sobre todo si valoramos lo esencial, el encaminamiento de América Latina a la democracia. Los noventa parecen de interpretación más sencilla, traducida en dos conceptos, el “Consenso de Washington” y su consecuencia inmediata, la aplicación del llamado neoliberalismo con el objetivo de administrar con sensatez la macroeconomía achicar el Estado, agigantar el rol del mercado a través de los agentes privados y dejar que nuestras economías fueran administradas por éste. Debiéramos añadir que en ese mismo contexto surgió la toma de conciencia internacional expresada en las políticas específicas del Banco Mundial y el BID de reformular su lógica y aceptar que la lucha contra la pobreza, en muchas variables, debía ser un condicionante para recibir apoyo internacional, como lo fueron los derechos humanos en la década anterior. No se trata de un detalle menor si consideramos el condicionamiento que esta lógica intentó marcar en los programas de inversión social de nuestros gobiernos.

En cambio, la primera década del siglo XXI se caracteriza como la de un proceso de transición que pone en cuestión el “Consenso”, el neoliberalismo y la eficiencia de la mano invisible del mercado y da lugar al surgimiento o resurgimiento del estatismo. Eso es parte de una necesaria dilucidación entre viejos y nuevos modelos que quieren recuperar un confuso ideario en el que se mezcla el viejo marxismo, la necesidad de adecuarse a los temas de moda como el medio ambiente y en algunas naciones, particularmente las andinas, Guatemala y parte de México, la restauración del idealismo indigenista.

La naturaleza del drama

Como estamos en pleno vórtice de un huracán que está ampliando su área de efecto geográfico, es difícil hacer una lectura clara en medio de la confusión, no solo por el ruido y la fuerza del fenómeno, sino por su propia incapacidad de entenderse a si mismo.

Este tránsito de la historia reciente ha tenido como sus víctimas más importantes a los partidos. El sistema de partidos y la propia democracia parecen estar en cuestión. La idea es que los partidos del siglo XX no fueron capaces de responder al desafío y se hundieron en parte por sus propios y graves errores, en parte por la insurgencia de nuevos protagonistas que no habían sido considerados en el escenario de las mediaciones políticas como habían sido concebidas por la democracia liberal clásica anclada en los tres poderes del Estado de los fundadores de los Estados Unidos y de la Francia igualitaria. A esto debe sumarse un conjunto de evidencias: corrupción flagrante y crónica, prebendalismo, construcción de anillos de poder de hierro, fortalecimiento de pequeñas pero poderosas elites favorecidas por los partidos en el gobierno, ruptura entre partido y ciudadano a partir de la sustitución de estructuras ancladas antes en la sociedad por estructuras basada en la fuerza mediática de la maquina electoral.

Las ideas de que “la democracia no da de comer” o “no llena nuestros bolsillos”, se han convertido en lugares comunes para hacer un juicio que parece incontrastable de lo que está pasando en nuestro continente. Pero son a la vez que en parte reales, en parte clichés que pueden confundir nuestro análisis y nublar nuestra lucidez.

Las palabras como lastre o como brújula

El primer problema para aproximarnos a un debate serio sobre la cuestión es el uso de las categorías de análisis, o mejor, el uso de las palabras cuyo contenido expresa una fuerte carga ideológica, igual que la palabra “silla” establece inmediatamente una conexión entre el sonido expresado y la representación del objeto enunciado, hemos escogido teóricamente, porque a partir de ello entendemos más o menos lo que queremos decir, palabras como “izquierda”, “derecha”, “neoliberalismo” y “populismo” o “neopopulismo”, para definir situaciones, actores, momentos y realidades de hoy.

Quizás ese sea uno de los problemas principales que nos impide hacer una lectura correcta de lo que estamos viviendo. Nos pasa algo parecido a lo que les ocurrió a los conquistadores españoles en el siglo XVI, las palabras no les alcanzaban para describir el nuevo mundo que veían por primera vez, porque muchos de los paisajes, objetos, personas, animales y plantas que veían, habían sido literalmente inexistentes en su imaginario, en su mente y en su lengua. Poco a poco fueron inventando palabras nuevas o adaptando aquellas que los americanos usaban en sus lenguas de origen para describir el mundo nuevo que los europeos descubrían.

Insistir en el uso de una terminología para “entendernos” porque nos sirve para lograrlo, puede generar el efecto inverso al deseado, confundirnos, o lo que es peor, trasladar las categorías de pensamiento de los años sesenta, setenta, ochenta y noventa para describir una realidad que tiene poco que ver con ese pasado.

¿Cuál es la cuestión del debate?

El segundo desafío es entender que quizás estamos equivocando el sujeto de análisis o cuando menos no lo estamos ordenando adecuadamente. Cuando juzgamos la realidad actual lo hacemos a partir de las consecuencias y no de los efectos, o para decirlo mejor, a partir de quienes han sido “escogidos” para representar sus aspiraciones. Los Presidentes, las agrupaciones o partidos de nueva data, los idearios que esos nuevos protagonistas proponen o ejecutan, cuando quizás lo que debiéramos es intentar comprender porqué quienes gobiernan llegaron hoy donde están. Lo que ha cambiado en América Latina y en el mundo es el ciudadano, lo que han cambiado son sus valores, su visión de las cosas, sus expectativas, su percepción de la realidad y su horizonte de futuro. Independientemente de que nuestro diagnóstico pueda ser correcto, cuando en términos de cifras hacemos una caracterización y llegamos a las remanidas conclusiones macro de que los niveles de pobreza extrema en nuestro continente son espantosamente altas, que somos la región más desigual del planeta (lo que, por cierto no es del todo correcto, Asia tiene hoy niveles de desigualdad más dramáticos en algunos de sus países que América Latina), que el modelo económico no ha resuelto las cuestiones referidas a las necesidades básicas de la gente y que la democracia corre riesgo porque la pobreza no resuelta, conlleva desintegración, violencia y construcción de respuestas anti sistema.

Lo que no acabamos de percibir es que la legítima búsqueda de la felicidad de la que hablaban los padres de la patria estadounidense, no es hoy la misma que lo fue ayer (para hablar de un ayer de hace medio siglo).

Como muy bien han anotado **Durán y Nieto**¹, es indispensable entender que los políticos latinoamericanos en su gran mayoría no hemos entendido que esos cambios son esenciales y se traducen en características muy claras. Más del 60 % de los electores tienen entre 18 y 25 años. La vida se ha feminizado (rol de la mujer, protagonismo de ésta en todos los ámbitos de la actividad, conquista de derechos, pero también actitudes masculinas más próximas a una sensibilidad que hace décadas era criticada por “afeminamiento”), el hedonismo se ha impuesto y finalmente la revolución de las comunicaciones (la computadora y el Internet como sus expresiones más contundentes) tiene una magnitud que cambia de modo radical todo o casi todo lo que funcionaba en la política del pasado, empezando por el perfil básico de los valores en debate.

Si es verdad que el martirologio, la mitificación de la muerte (¡Patria o muerte, venceremos!), la idea del sacrificio, el sentido de la responsabilidad y de la culpa, entendidos como una condición básica de la vinculación del individuo con la sociedad en función de su participación o no en la “transformación de la sociedad”, son valores que formaron parte esencial de cómo concebimos nuestro rol social y las razones que movilizaban a comunidades enteras, deberemos preguntarnos, cuáles son los parámetros en los que nos movemos hoy y en los que creen hoy nuestras sociedades.

¿Qué es, en consecuencia, ser de “derecha” o de “izquierda”? Los valores de la “derecha” se asocian al individualismo egoísta, a la economía de mercado, al dominio de lo privado sobre lo público, a la insensibilidad social, al racismo y a la idea de la exclusión en general. ¿A qué pueden asociarse las ideas de la “izquierda”? A la recuperación del rol del Estado en la economía, a la idea de que hay recursos

¹ Jaime DuránBarba y Santiago Nieto, *Mujer, sexualidad, Internet y política Los nuevos electores latinoamericanos*, México DF 2006, Fondo de Cultura Económica.

naturales estratégicos que deben estar en sus manos, a la concepción de una "utopía" de igualdad y al cuestionamiento del "modelo", a la recuperación del discurso anti imperialista, al discurso de la inclusión, la justicia social y al radicalismo en temas de medio ambiente y de reafirmación de identidades particulares. Esta diferenciación no es necesariamente exacta. No existen más ideas absolutas. La gente es liberal en economía y amplia en el reconocimiento de derechos civiles y opciones sexuales o religiosas y a la inversa. ¿Cuáles son los nexos entre una postura y otra? Más de los que nos gusta aceptar. Evidencias en términos éticos (lucha contra la pobreza, inversión social, búsqueda de equidad e inclusión) y aquellas que comienzan a parecerse a las leyes generales de la física (no totalmente inmutables, pero bastante claras, como la de la gravedad, por ejemplo o en economía un equilibrio macroeconómico y una presencia global del mercado). Desde la "derecha" se afirma que la globalización es un hecho factual más allá de lo que opinemos de ella y que hay que integrarse a ella para no perecer, desde la "izquierda", se propugna luchar para destruir la globalización. Desde el integrismo religioso islámico se propugna la destrucción de los valores de Occidente para lograr la imposición de una sociedad dominada por Alá. Poco o nada tiene que ver eso con nuestro debate ideológico, pero muchos desde la "izquierda" latinoamericana interpretan identidades con esa postura, por un solo ingrediente común, la postura antiestadounidense (el enemigo de tu enemigo...).

La cuestión crucial de la que todavía no nos ocupamos

Desde cualquier lugar de América Latina una joven de "derecha" o de "izquierda" que entra al mercado, tiene que lidiar con sus aspiraciones individuales, con la presión del éxito, con la demanda de igualdad de trato y salario con un compañero de trabajo hombre, con la evidencia de que la oferta de trabajo es menor que la demanda y con la aspiración de la felicidad traducida en consumo. Vivir mejor es consumir más y para consumir más es necesario tener capacidad de consumir más a través de ingresos que lo permitan. Ese dinero es el aceite de una economía que ha encontrado la curiosa fórmula de que los objetos (aún aquellos que te transportan al mundo de la virtualidad lúdica, informativa, económica, científica, etc.) son la felicidad. Esa sinonimia inventada por Occidente en el último medio siglo ha condicionado el diseño de la economía, de la sociedad y de su funcionamiento. Su éxito es su destrucción. Sus inventores están buscando la fórmula para encontrar la solución antes de que el propio planeta, igual que la mayoría de los objetos que produce esa sociedad, sea fungible irreversiblemente. Esta es una cuestión que comienza a ser esencial en el debate de fondo también en América Latina. El modelo y la concepción filosófica del progreso, el crecimiento y el bienestar, está en cuestión.

De pronto, desde este continente debemos comenzar a reflexionar y proponer respuestas de modelos de crecimiento y búsqueda de la felicidad humana que permita una compatibilidad entre presente y sostenibilidad de futuro que Occidente no acaba de responder. Se dirá que es en manos de los grandes países desarrollados que se juega ese diseño, probablemente esto sea real, pero lo que está claro es que la discusión ideológica en nuestra región debe partir del debate y cuestionamiento de la premisa esencialista de lo que se entiende por búsqueda de bienestar.

¿Qué tiene que ver esta "derecha" con la del sesenta? ¿Qué, esta "izquierda" con la penosa osamenta de la revolución cubana, los rastros de las paredes que pedían la "imaginación al poder" en el mayo francés, o los cerebros calcinados por las secuelas alucinógenas del poder y la flores del hippismo?

Ernesto Che Guevara execraba al socialismo real por que estimaba que el único incentivo para la creación del hombre nuevo era el moral. Hoy moriría de inanición en medio de una sociedad en la que esa idea se ve como insana, que no suscribiría **Diego Maradona** (basta conocer algo de su vida personal) que lleva tatuado el icono de la boina en su cuerpo, ni el viejo **Fidel** que ha llenado la isla de hoteles de lujo para recibir divisas frescas antes de que llegue la transición a la democracia, que todos en Cuba y fuera de Cuba saben que es el camino inexcusable del futuro de la isla.

¿Qué es entonces lo que estamos viviendo en América Latina? La insurgencia de nuevas realidades que no pueden aprehenderse fácilmente si seguimos atados a los viejos conceptos de la política. La unipolaridad nos ha planteado una primera revisión, reafirmarnos como una parte de Occidente que no es exactamente el Occidente representado por Europa y los Estados Unidos, pero que ciertamente no es África, ni el Oriente próximo y lejano. Nuestra redefinición nos debiera obligar a aceptar que somos parte de occidente pero que tenemos ingredientes propios que es posible integrar en nuestros modelos políticos.

Ese poder mundial único protagonizado por un fundamentalista como **George W. Bush** ha llevado las cosas a una polarización que ha permitido el renacimiento de viejas ideas que no tienen otro soporte que el que le da el ser el enemigo común. Ese enemigo que **Clinton** había logrado desdibujar, se ha reposicionado gracias a **Osama Bin Laden** y **Bush**. Ha sido el producto de una confluencia histórica previsible y terrible, porque ha fortalecido los demonios que se estaban despertando después de la ilusión de la nueva paz pos Guerra Fría. Finalmente, los viejos fantasmas humanos que incendiaron la tierra particularmente en la edad media y el primer renacimiento, están otra vez entre nosotros.

Reconocer lo efímero en el contexto de la historia

La mayor equivocación en nuestro continente es presumir que puedes construir estructuras de pensamiento y propuestas políticas de largo plazo. En una centuria hemos transitado por muchos caminos y en general hemos sentido gran frustración, porque aparentemente ninguno de ellos ha funcionado. En parte por nuestra inmadurez política, en parte por las particularidades de nuestra composición histórica y nuestra realidad cultural, en parte porque el propio mundo ha sufrido algunas de esas transformaciones, ha tenido que adaptarse a ellas y nos las ha transmitido.

En muchos sentidos un exceso de racionalismo nos hizo pensar y todavía nos hace pensar hoy, que las concepciones sociales, políticas y económicas tienen carácter universal. Asia parecería ser una prueba de ello. Pero me temo que el éxito en los países asiáticos donde se logró, fue una combinación de elementos políticos, sociales y culturales que una parte de ese continente (solo una parte, la otra sigue enfrentada a realidades tanto o más dramáticas de desigualdad y pobreza que el promedio de América Latina) pudo amalgamar con acierto.

América Latina reniega del llamado "neoliberalismo", porque quienes lo aplicaron pecaron de mecanicismo y ortodoxia, fueron poco flexibles, pretendieron contradecir las "leyes de la física" y se cayeron, pero especialmente mezclaron cosas que no se pueden mezclar, entre ellas la idea de democracia económica con autoritarismo político bajo ropaje democrático (que, en cambio en Asia sí funcionó, como había funcionado en algún país de nuestra región cuando Estados Unidos bendecía las dictaduras por la simple razón de que esa era otro momento de la historia).

Nombres, pronombres y adjetivos en América Latina en el paso de dos siglos

¿Cuánto duró la ilusión de una Argentina del primer mundo concebida por **Menem** y apoyada en la inamovible y fetichizada convertibilidad del peso, la frivolidad de farándula del Presidente y el proyecto férreo de poder, hundido hoy en la nada? Del corralito impuesto a su pesar por el asediado **De la Rúa**, surgió una realidad bastante distinta al grito callejero “¡Qué se vayan todos!”. No se fueron, se reacomodaron y tras una transición inteligente, surgió de un esmirriado 22 % de los votos un **Kirschner** que demostró que el peronismo es la casa de todos en la que cualquier corriente es posible. El kirschnerismo sin embargo, enterró a la vieja política y construyó un proyecto propio basado en un fuerte personalismo, un discurso nacionalista y de recuperación del poder del Estado, un crecimiento sostenido altísimo y una política de debilitamiento del viejo sistema de partidos que descubrió – a diferencia de otros – que es posible reproducirse en el poder sin reelección, pero garantizando que éste no deje el mismo dormitorio. Para ello, es verdad, era necesario contar con una política de raza de larga trayectoria como **Cristina Fernández**. Ella y **Michelle Bachelet** demuestran hoy el proceso creciente de feminización de la política.

Uruguay pasó del bipartidismo relativamente tranquilo de la “vieja derecha” a la llegada, treinta años tarde del Frente Amplio, un Frente que no es ni puede ser lo que **Seregni** hubiese querido. Llegó de la mano de **Tabaré**, de una “izquierda” edulcorada y sensata, consciente de su responsabilidad y con un sentido de continuidad más o menos racional de las políticas de sus antecesores ¿Qué es lo esencialmente nuevo en las propuestas y programas de gobierno actuales en una nación que, estancada demográficamente de modo pavoroso y a contracorriente de la región, se va achicando en el concierto regional en función de esa realidad?

Paraguay pasó de **Stroessner** a las libertades democráticas dentro del continuismo. Colorados al fin fueron los sucesores del dictador, liberales (no de partido sino de ideas) y empresarios quienes gobernaron. La crisis generada en las cúpulas por la violencia y la muerte de líderes con proyección y de militares populistas, terminó en la búsqueda de la reconstrucción de un mecanismo que el Presidente **Duarte** administró entre una retórica progresista y una realidad de moderación dentro de los parámetros convencionales, en el intento de sacar al país de una economía tan fuertemente dependiente de la intermediación, la informalidad y la venta de servicios atada al cordón umbilical con la gran potencia sudamericana.

¿Qué pasó en los Andes? El surgimiento de una conciencia de particularismos, en medio de gran inestabilidad política, que la gran mayoría de las otras naciones de América Latina no tiene, en la medida en que el factor indígena no es relevante en sus sociedades (salvo Guatemala y México). La recuperación de la fuerza de lo indígena, tuvo que ver con una complejidad de elementos en los que uno de los más importantes fue el rol de la economía de la coca.

En Bolivia, la inestabilidad tras largos años de relativa tranquilidad política llegó desde fuera del sistema, cabalgando en el corcel de la coca como mito (su fuerza histórica ritual) y extrapolación (la coca para la cocaína es a la vez el único sustento de una parte significativa de la sociedad en los años ochenta y noventa). El fuego lo alimentó el gobierno de Estados Unidos con sus presiones insoportables para los gobiernos mal definidos como “neoliberales” y la ceguera de los grandes partidos que se creyeron aquello de que la gobernabilidad estaba garantizada por una ingeniosa ingeniería de pactos cada día más espurios e ilegítimos de cara a la sociedad. Pero no simplifiquemos. Los movimientos antiglobalización hicieron

la “guerra del agua” en el 2000 para echar a las transnacionales del control de los servicios, los indígenas radicales negaron Bolivia y reivindicaron el Collasuyo, los cocaleros hicieron matrimonio con viejos dirigentes de la antaño poderosa fuerza minera, marxistas frustrados por décadas de fracaso político y ecologistas nuevos y reciclados de la vieja izquierda, que propusieron una nueva e inextricable utopía. El resultado fue la ruptura entre Estado y sociedad y la atomización de las fuerzas sociales hasta casi llegar a la anomia. Se produjo así el desenlace violento de octubre de 2003, la transición que buscó respuestas que ataran los cabos cortados por los proyectos de las fuerzas en pugna y en 2006 un **Evo Morales** que, hijo del sindicalismo cocalero, devino en “heredero legítimo de Tiahuanacu”. Un heredero que construye su precario programa sobre las bases de la participación popular, la reforma educativa, la nueva ley de reforma agraria y el referéndum de los hidrocarburos ejecutados por sus execrados antecesores.

En Perú, si **Fujimori** fue un liberal, fue también un caudillo con un proyecto de poder, si derrotó la guerra interna lo hizo con sus mismas armas ensangrentadas, si llegó al poder con el discurso de transparencia terminó construyendo los mecanismos más sofisticados de corrupción. El enterrador de los partidos acabó aniquilado por las desmesura de su afán de poder. La batalla de sucesión fue ganada por los moderados (**Toledo**) y continuada por quienes derrotaron por un pelo a **Humala** y el imaginario del éxito de **Morales**. La antorcha la porta **Alan García**, el otrora flamígero estatizador de la banca y protagonista de un descalabro económico traumático para su país en los ochenta, reconvertido en sereno y moderado gobernante.

Ecuador vive la crisis crónica de un sistema político que nunca pudo tejer una propuesta consistente de mediano plazo. Los vaivenes experimentados dejaron a la sociedad exhausta. Nadie se atrevió a romper las reglas de la economía de mercado, aún y a pesar de la brutal decisión financiera y de dolarización de la economía que tomo **Mauad** y que hundió toda posibilidad de sobrevivencia del viejo sistema. **Bucaram** nos demostró a los latinoamericanos que una parodia puede venderse como programa de acción, aunque sólo sirva para unos pocos meses. No logró imponerse el movimiento indígena (mucho menos importante numéricamente que en Bolivia), rápidamente cooptado y debilitado por su presencia más bien marginal en el poder con **Gutiérrez**. De igual modo que en Argentina, el inflamado discurso de un joven economista, **Rafael Correa** logró, tras su derrota en una primera vuelta electoral, hacerse del poder en la segunda frente a un candidato de la llamada “derecha” que apenas hilaba argumentos que no fueran los lugares comunes de un supuesto y trasnochado peligro comunista que no es otra cosa que una palabra vaciada ya de todo contenido. La hipotética solución es: Vuelta a empezar con una Constituyente apenas diez años después de la anterior.

En Colombia los partidos agonizan enredados en la guerra interna y casi han implosionado. Pero paradójicamente, las FARC, el narcotráfico, la violencia instalada como compañera de ruta de la historia y los sucesivos fracasos para resolver la situación, no han detenido la economía de un país que ha mantenido sus reglas macroeconómicas y su productividad más o menos inalterados en las últimas décadas. Si la democracia tradicional no pudo con la guerra, el autoritarismo democrático debiera poder, pensaron los electores. **Álvaro Uribe**, aliado de Washington, liberal en economía, autoritario como pocos en política, apoyado en la legitimidad de su discurso en contra de las FARC y su capacidad de gestión, logró un respaldo que lo convenció de buscar -otra vez el caudillismo- su permanencia en un poder que comienza a quemar, a enredarse en la política de acusaciones, vínculos con paramilitares y decisiones oscuras que debilitan su imagen y hacen incierto el futuro.

Chile. Chile como paradigma, como ejemplo, como modelo a seguir. Chile lidió con **Pinochet** y sus políticos optaron por ganar el cielo por etapas. Primero con un referéndum que aceptó implícitamente hipotecar la democracia al poder militar. Construyó luego, lenta pero inteligentemente, una transición que terminó por desembarazarse del dictador casi al ritmo de su envejecimiento biológico. La "izquierda" socialista aliada con la democracia cristiana, derrotó al pinochetismo democrático reiteradas veces sin hacer demasiadas olas. Basado en su vieja tradición institucional Chile respetó el modelo liberal, lo hizo eficiente y le sumó un ingrediente de políticas sociales sostenidas, amparadas en el éxito económico. Pareció demostrar que la ecuación de crecimiento basado en inversión intensa, alto nivel de productividad competitiva y sustancial crecimiento exportador, terminaría por lograr lo lógico, que la riqueza lograda pudiese distribuirse mejor. La coalición garantizó alternabilidad y parece posible pensar que los presidentes no se repetirán (salvo mejor opinión de **Ricardo Lagos**). ¿Es Chile un modelo reproducible en América Latina? En principio no habría razones para decir que no, el problema es que Chile comienza a afrontar las dificultades explicables del desgaste político y social de un modelo, que como todos, se fatiga, particularmente en la óptica ciudadana. A la vuelta de unos años podría ser más susceptible de contagio de sus vecinos que de contagiarlos.

Pero intentemos entender este escenario con tres de los grandes protagonistas latinoamericanos, Brasil, México y Venezuela. En Brasil la izquierda objetó a **Fernando Henrique**, el viejo y paradigmático intelectual de la "teoría de la dependencia", reconvertido en un racionalista liberal que privatizó todo lo que podía privatizar menos el petróleo.

Tocar el petróleo en América Latina es un gran error, entre otras cosas porque las empresas petroleras son tanto o más poderosas que el Estado y porque ciertamente la energía es un bien que no puede dejarse librado a la lógica de las transnacionales sin control alguno. No es sólo un problema de dignidad nacional, es un problema de elemental sentido práctico. Mandar sin poder es imposible. El Estado no puede ni debe ceder el arma más importante que tiene para mandar con un poder razonablemente sólido y con capacidad de responder a las demandas no rentables de cobertura en consumo y servicios básicos. **Sánchez de Lozada** en Bolivia no lo entendió y por tocar el petróleo como lo hizo, hundió sus creativas reformas modernizadoras bastante alejadas del supuesto "neoliberalismo" que aparentaba encarnar, tampoco lo entendió **Menem**.

Lula, el metalúrgico venido de la base proletaria del San Pablo industrial llegó a ser elegido Presidente tras cuatro intentos respaldado por el combativo Partido de los Trabajadores de la "izquierda" más "izquierda" del Brasil, y a pesar de su fallido programa de "Fome Cero", a la vuelta de unos años transitaba caminos muy parecidos a los de **Fernando Henrique**, sin los traumas de una privatización ya realizada y con los fuertes dolores de cabeza de niveles de corrupción que demostraron que en el poder las diferencias ideológicas no son óbice para que algunos de los funcionarios del gobierno saboreen sus mieles. ¿Cuán distinto es el **Lula** reelecto del **Fernando Henrique** reelecto, de cara al elector? Hay una sola diferencia crucial, **Lula** es incombustible por la legitimidad de su origen popular, lo que lo convierte en genuino, en verdadero representante de las mayorías. Hoy eso es la diferencia entre el bien y el mal en América Latina. Los doctores letrados no son ya necesariamente quienes pueden ser depositarios de la confianza popular. La gente no espera grandes intelectuales, ni sofisticados políticos en el gobierno, quiere gente como ellos. Finalmente, estamos hablando de una democracia de mayorías en un continente pobre y pobremente educado. Pero resulta que el Presidente del gigante de América Latina no ha podido

encarnar, ni aún con su carisma y la legitimidad de su origen, un discurso de liderazgo continental que ordene un rompecabezas cuyos procesos de integración, futuro y visión hacia delante, pudiesen tener un referente en él. ¿Por qué no lo logró? Quizás porque no soplan hoy vientos favorables para la moderación, cuando tantas fuerzas subterráneas han salido a la superficie de nuestra política. Quizás por miedo a la confrontación, quizás porque la racionalidad no puede en el corto plazo derrotar a la emoción, quizás porque Brasil se enfrascó en batallas extra regionales que debilitaron su posición y no construyó alianzas consistentes en el Mercosur y no supo manejar el fenómeno absolutamente nuevo que representó Venezuela.

México de la mano del vituperado **Salinas de Gortari** dio en los noventa el salto al futuro al integrarse al Nafta. En un lustro superó a Brasil como primera economía latinoamericana y combinó la transición desembarazándose de la notable dictadura democrática del PRI, hijo de la revolución de principios del XX. **Fox** fue el llamado, pero acabó por no ser el escogido. Su adscripción militante al liberalismo económico y a la alianza con los Estados Unidos, defraudó a un país que no reconoció que junto a Chile había logrado en una década los más altos indicadores de crecimiento y mejora directa en los ingresos y en la reducción de la pobreza de toda la región. Pero no pudo traducir su peso específico en un liderazgo que disputó de modo estéril e irreflexivo (por ambas partes) con el Brasil para gran satisfacción del bolivarianismo redivivo. En el momento de la batalla por una inflexión en la dirección política de la zona, el casi empate electoral que llevó a la presidencia al ortodoxo liberal **Felipe Calderón** y colocó en un evidente “fuera de juego” al confuso radicalismo de **López Obrador**, impidió “al filo de la hora” un cambio más dramático del destino ideológico latinoamericano.

México simboliza además la necesidad de administrar un problema continental de primera magnitud, los inmigrantes, la gran sangría que plantea problemas centrales en nuestras relaciones con Estados Unidos y Europa y que está cambiando el mapa demográfico, cultural y social del planeta. La migración es hoy por hoy una de las cuestiones cruciales de nuestra agenda.

América Central y el Caribe, en tanto, salvo excepciones moderadas como la de República Dominicana y el retorno de un “dinosaurio” como **Daniel Ortega** en Nicaragua, mantuvieron su tradicional alineamiento con lo que definiríamos otra vez con beneficio de inventario, con posiciones “conservadoras” cuyo emblema es la fiebre de firmas de TLC con Estados Unidos impulsadas por **Bush** a falta de ALCA, con diversos resultados.

Pero no nos engañemos, quien de verdad pateó el tablero se llama **Hugo Chávez**. El ignoto coronel que participó de un fallido golpe de estado que intentó derrocar al más popular de los políticos venezolanos de la segunda mitad del siglo XX, **Carlos Andrés Pérez**, y construyó con la meticulosidad de un relojero suizo un mecanismo de poder sin parangón en la América Latina de hoy. Venezuela no es Cuba y la primera década del 2000 no es la de los años sesenta. Pero aunque increíble parezca, la anémica revolución cubana y su anciano y semiretirado líder (colocado por **Chávez** sobre un caballo con una estaca en la espalda para sostenerlo como el emblemático **Cid Campeador**) han encontrado sin sospecharlo siquiera un vigoroso heredero. ¿Qué tiene que ver uno con el otro? Un ideario – cada vez más confuso – basado en la vieja utopía del socialismo idealista, lo que todos los caudillos una sed insaciable de poder, la idea mesiánica de que “la revolución soy yo”, una retórica inflamada y mucho dinero sea prestado o sea propio. Venezuela no podría tragarse hoy el paraíso revolucionario a la cubana, simple y sencillamente porque en

la realidad actual Cuba languidece y el contexto interno y externo haría imposible su aplicación. Más allá del discurso de debatible consistencia ideológica, el ciudadano promedio de este continente no aceptaría condiciones equivalentes a las de Cuba en términos de libertad y de expectativas económicas y de consumo. Es simplemente imposible repetir la experiencia. La posibilidad de aplicación de un modelo socialista o comunista al estilo del socialismo real del siglo pasado, desapareció. Pero **Chávez** ha decidido construir un imaginario colectivo en el que el manejo magistral de los medios, la figura individual del iluminado y sobre todo el concepto inmutable y heroico de David contra Goliat, funcionan de nuevo, porque más allá de la opinión de cualquiera de nosotros sobre política, economía y sociedad, la evidencia del poder incontrastable de los Estados Unidos, su incomprensión histórica de nuestra realidad, la torpeza de su presencia en nuestros asuntos y el discurso unilateral e impositivo, nos generan antipatía. **Chávez** es Némesis y tiene su Némesis. Casi podríamos decir que **Chávez** vería complicada su vigencia en su liderazgo continental sin el referente irracionalista al presidente de los Estados Unidos y sin ese chorro abrumador de petrodólares. ¿Pero cuál es su discurso? Cualquier cosa menos la teoría cartesiana y dogmática del socialismo pensado por **Marx** y sus epígonos. ¿Es esto "izquierda"? Sí, si repetimos palabras hoy vaciadas de contenido. **Chávez** está experimentando, está caminando por un sendero nuevo, en medio de un contenedor vacío al que llena de ideas confusas, contradictorias, maximalistas y absolutamente inciertas, pero fuertes, cargadas de emotividad, identificación (el es también un "hijo legítimo" del pueblo) y sobre todo acompañadas de cosas concretas de pequeño tamaño, pero de gran efecto inmediato y tangible para los más pobres. De lo que no cabe duda es de su proyecto personal autoritario en una experiencia inédita de compatibilizar dictadura con ropaje democrático formal que puede abrir un peligroso escenario de quiebre de una línea de democracia real a nivel continental sustituida por nuevas formas de autoritarismo, que a la vuelta de unos años puedan cambiar de tal modo el tablero latinoamericano que no reconozcamos en él los ingredientes esenciales de las libertades democráticas básicas.

Una explicación indispensable

Para que todo esto suceda se han tenido que alinear los astros. El alineamiento es muy evidente. Un astro se llama China, el otro se llama India, no son los únicos, pero sí los más importantes. Los dos solos han revolucionado los precios internacionales de las materias primas. Las despreciadas materias primas que hace una década habían sido condenadas por los gurús de la economía al baúl de los recuerdos, desbancan (por un tiempo, claro) a los valores tecnológicos que obligaron a inventar el índice nasdaq. De pronto, en el lustro 2002-2007, el petróleo pasa de algo más de 10 dólares el barril a casi 100 y el oro pasa de algo más de 280 dólares a más de 800 la onza troy. Igual que **Perón** en los maravillosos años del trigo a mares y del ganado que hizo fortunas y le permitió a **Evita** regalar hermosas maquinas de coser *Singer* a las descamisadas, **Hugo Chávez** lleva adelante programas de asistencialismo (que además hoy varios economistas elogian como un mecanismo deseable de inyectar liquidez al mercado) que le permiten regalar departamentos a los más pobres y llevar adelante programas de salud, educación y entrega de fondos en efectivo a los ciudadanos, como el bono escolar aplicado en varios países, entre otros Brasil y Bolivia. Las economías van tan bien, que comienzan a ir mal con enfermedades como la holandesa. En vez de estar heladas se sobrecalientan con niveles promedio de crecimiento del 5% y en algunos casos entre el 8 y 9%. La inflación surge no por emisión inorgánica, sino por exceso de liquidez y de demanda y se convierte en la primera gran sombra de este paraíso de bonanza.

No está claro si el aserto bíblico se aplica y si serán siete años de vacas gordas, o seis o nueve, lo que está claro y es indefectible es que llegará el periodo de las vacas flacas. Cuando los astros en su tránsito orbital dejen de estar alineados y nos hayamos comido las vacas gordas ¿Qué será de esta fiebre “revolucionaria” de los discursos antiimperialistas y de la retórica antiliberal? ¿Qué quedará de esta confrontación cargada de voluntarismo, de nuevas constituciones, reglas refundadoras y el síndrome de Adán que ataca a algunos de los líderes del continente? ¿Se volverán a cumplir inexorablemente las leyes de la física y de la economía?

En otras palabras, esta “izquierda” enfrentada a esta “derecha”, lo hace sobre el precio de sus materias primas, no sobre el valor intrínseco de sus ideas y por tanto la construcción de teorías ideológicas de fondo parece simplemente una inconsistencia.

Este es hoy otro Continente con otras preguntas

Pero no nos confundamos, esa constatación no puede ni debe hacernos olvidar que lo que está claro como el agua es que este mundo no es el de ayer y que la política no podrá repetir las experiencias del pasado. Los políticos deben comprender el nuevo escenario y comenzar a entender a sus votantes. El idealismo del siglo XXI es diferente, no es que no exista, sino que simplemente tiene otros puntos de referencia. Para nosotros ese escenario de cambio que tiene que ver con el sexo, la mujer y el Internet, tiene también que ver y de modo crucial con la pobreza. La violencia es en consecuencia un ingrediente dramático. Probablemente *Sendero Luminoso* no renazca, pero las “maras” o pandillas pueden ser tan devastadoras como *Sendero*. La lógica ética indiscutible de las consecuencias del narcotráfico, hoy están en cuestión. Si el líder de un movimiento cocalero surgido del corazón de la producción de hoja para el narcotráfico es Presidente de un país y es recibido con reverencias en el mundo (especialmente en una Europa cargada de mala conciencia por la conquista de América, mala conciencia que no tiene para la conquista romana de su propio continente) como el primer Presidente indígena de América (olvidando al gran estadista mexicano **Benito Juárez**) ¿De qué estamos hablando? Apenas tres años antes de la asunción al mando de **Morales**, el embajador de los Estados Unidos no hablaba con él porque lo consideraban aliado del terrorismo y el narcotráfico.

¿Qué quiere el ciudadano latinoamericano de hoy? Nada de debate ideológico, nada de adscripción a causas abstractas, nada de sacrificios y entrega de la vida por los demás (lo que no tiene que ver con la afortunada existencia de un sentido real de solidaridad muy profundo en nuestro continente), nada de interminables discursos incomprensibles (paradójicamente, *Aló Presidente*, se parece más a las jornadas evangélicas de congregación que a los clásicos discursos de plazuela de los años cincuenta, pero funciona), nada de complejos programas de gobierno (que sí deberán diseñarse y aplicarse en el contexto de la responsabilidad de quienes deban gobernar). Lo que hoy los latinoamericanos quieren son respuestas concretas a sus problemas concretos. Eso quiere decir que estamos es el fin del centralismo secante, la fortaleza del municipio y la región, la reivindicación del poder local, en suma. Menos retórica y más acción. Un empleo real, seguridad en su calle y en su casa, una educación que permita a sus hijos estar mejor que ellos en un próximo futuro (lo que se está convirtiendo en otro mito, dado el brutal crecimiento de la oferta de trabajo calificado y la esmirriada demanda), mayor cantidad de tiempo para el ocio, la seguridad de estar conectado con el mundo virtual que es parte esencial de su vida y por encima de todo un empleo seguro y digno con mejores ingresos, no como producto de la lucha de clases ni por su reivindicación de casta, sino por el contrario, a través de una

movilidad social que rompa barreras. Los pobres no quieren la revolución, quieren dejar de ser pobres, pero lo que sí está cada vez más claro es que son más proclives a votar por quienes son como ellos (a fin de cuentas son la mayoría) y por quienes les dan más cosas tangibles (subsidios, bonos, rentas, objetos), entre otras cosas porque las elites los han defraudado sistemáticamente y por largo tiempo. Mientras los gobiernos tengan el excedente para lograr dar esas respuestas, tendrán éxito, eso quiere decir que el andamiaje del que hablamos es bastante precario.

¿Y los problemas esenciales? He ahí la cuestión. El cambio de siglo ha dejado un tendal de “muertos, heridos y desaparecidos”, no me refiero en este caso a los de las dictaduras militares, sino al sistema de partidos, la solidez de los principios democráticos, los modelos ortodoxos y dogmáticos en economía y las certezas de lo que funcionaba y lo que no funcionaba.

Para entender el cuadro de situación hay que tener en claro algunas cosas. Estamos objetivamente mejor que ayer, hay menos pobreza, mejores condiciones de infraestructura, saneamiento básico, salud, educación, esperanza de vida, menos mortalidad y morbilidad infantil y materna. En los últimos cincuenta años hemos hecho avances más que extraordinarios. Los indicadores de 1960 y los de hoy hacen la diferencia entre la noche y el día. A pesar de ello, la percepción de casi todos en la región es que estamos peor que antes y pocos se empeñan en demostrar lo evidente, que eso no es exactamente así. Ahora bien, las metas no se alcanzaron ni se alcanzarán nunca, lo cual es parte de la metáfora del horizonte que se aleja a medida que uno avanza en su dirección. La velocidad de los logros ha variado según el país y su propia evolución, pero la realidad de una explosión demográfica que supera cualquier lógica racional y la sobre explotación del planeta que es simplemente suicida, pueden permitir parte de la explicación, la otra parte hace a la naturaleza humana y sobre todo a la imposición del modelo occidental de acumulación individual y la idea de crecimiento, progreso y bienestar que es filosóficamente antitético a los desafíos de derrota de la pobreza y sostenibilidad del modelo en el tiempo.

Ninguna de las posiciones parece haberlo comprendido, entre otras cosas porque es difícil encontrar respuestas a la recomposición de un sistema de partidos y una democracia que están cuestionadas en su esencia. Mientras se hallan esas respuestas, lo que tenemos es un recrudescimiento de las viejas taras continentales, el mesianismo caudillista en sus peores expresiones, con el barniz de una democracia inescapable en las formas (lo que no es poco), que irónicamente puede disfrazar mejor un autoritarismo que sea irreversible en el mediano plazo y que está a la vuelta de la esquina. Parece, por ejemplo, que el Presidente **Chávez** no podría encabezar pelotones de fusilamiento contra sus opositores, ni eliminar de raíz (aunque lo intenta) la multiplicidad de medios de comunicación opositores a su régimen, ni meter en la cárcel impunemente a quien le parezca, por su orientación sexual o por sus opiniones en una cátedra universitaria. Cosas que sí pudo hacer y de hecho hace aún su mentor en Cuba desde hace casi cincuenta años. Eso no es poco y habla de las diferencias entre un momento histórico y otro.

La búsqueda de hegemonía regional chavista, su propuesta de “socialismo del siglo XXI”, su reforma constitucional a su propia Constitución, buscando más autoritarismo y su deseo de eternizarse en el mando, la “socialización” de la propiedad en ciertos niveles y el control férreo de la macroeconomía, eliminando autonomías como la del Banco Central ¿Podrían definirse como de “izquierda” y como realmente socialistas? ¿La palabra “neopopulismo”, alcanza? Probablemente sí, pero puede llevarnos a conclusiones erradas. La realidad mundial del siglo XXI nos exige una

lectura más precisa de lo que ocurre en la realidad de hoy. **Lagos** preguntó hace poco si se puede ser independiente en un mundo interdependiente. La pregunta es en si misma una respuesta para los deseos más íntimos de los latinoamericanos. Palabras como nacionalismo, dignidad y soberanía, han sufrido también los embates del nuevo tiempo que nos toca vivir. Esto nos obliga a reconocer que a diferencia del siglo XX, el siglo XXI ha demostrado que las recetas que etiquetan ideas no sirven ni alcanzan. Ya no se puede concebir un ideario marxista o un ideario liberal, o un ideal tercerista puros. La razón es simple, su aplicación con diversos grados de rigor demostró la imposibilidad de cuadrar utopía y realidad y forzó a aceptar que las respuestas en cada caso están fuertemente condicionadas por el momento y la circunstancia que éste produce. A la vez, la constatación de que las ideas que fueron nuestra brújula en el pasado ya no funcionan como brújula, ha generado un alto grado de confusión, duda e incertidumbre. Ya no podemos responder con la misma claridad que hace medio siglo hacia dónde vamos, ni siquiera a dónde queremos ir. Esto no quiere decir que algunos elementos esenciales de nuestra naturaleza intrínseca como seres humanos y como sociedades haya cambiado de tal modo que sea imposible definir ciertos rasgos de ambos.

Si tipificamos tres ejemplos latinoamericanos, encontraremos algunos rasgos que nos recuerdan el pasado. Autoritarismo en diversos grados en **Chávez** y **Uribe**, mesianismo y culto a la personalidad en **Chávez** y **Morales**, institucionalidad y concepción democrática genuina en el proceso chileno. ¿Pero no fueron acaso liberales **Fujimori**, **Toledo** y lo es **García**? ¿Qué tienen en común y qué de distinto? ¿Modelo económico y modelo político de la mano? Por supuesto que no. ¿Qué tiene que ver la democracia de **Chávez** con la de **Bachelet**? ¿Qué tiene que ver el socialismo de **Chávez** con el de **Morales**? ¿El indigenismo es un rasgo cuya profundidad puede caracterizar una democracia y la dimensión de la construcción social de un país, puede cohesionarlo o dividirlo? ¿La reivindicación indígena en Colombia con el 3 % de indígenas y en Bolivia con el 45 %, es la misma? ¿Puede una reivindicación de minorías aplicarse de igual modo cuando la minoría es en realidad una mayoría que finalmente termina su camino de ruptura y de exclusiones?

Lo que estamos viviendo es el fin del recetario y la lectura distinta de la palabra democracia y de las palabras "izquierda", "derecha", "neopopulismo", "neoliberalismo", "dignidad", "nacionalismo" y "soberanía". Las lecturas distintas han dado lugar a respuestas distintas. Todas son democracias (salvo Cuba), pero ciertamente ni son iguales ni expresan la idea de libertad del mismo modo, ni parecen dirigirse en la misma ruta. El concepto ideal tan occidental y racionalista de un fin último, de una única utopía, demostró su incapacidad de entender la diversidad y el valor evidente del particularismo en el contexto de los deseables valores universales del ser humano.

¿Ha roto **Chávez** las reglas básicas del libre mercado, la relación con el mundo globalizado y los negocios con las transnacionales? ¿La falsa nacionalización de **Morales** que lo que en verdad ha hecho es subir sustancialmente los impuestos a las petroleras, es un retorno a las nacionalizaciones al estilo de las nacionalizaciones mexicanas y bolivianas del petróleo del siglo pasado? ¿Los gobiernos "revolucionarios" latinoamericanos rompen con el mundo y pretenden un desarrollo exclusivamente endógeno? ¿La cruzada latinoamericana por la eliminación de los subsidios agrícolas en Europa y Estados Unidos es distinta en Caracas que en Brasilia Santiago?

¿Retornar al "orden" quiere decir recuperar el ideario liberal de los noventa, "Consenso de Washington" incluido? ¿Quiere decir anular al Estado y buscarlo como

simple regulador de la actividad económica, desconociendo lo ocurrido en sectores claves de energía y servicios y sus consecuencias sociales? ¿Quiere decir desconocer las especificidades de naciones con tradiciones e identidades particulares que pueden enriquecer el ideario liberal occidental?

Pero por sobre todo, preguntémosnos ¿Cómo reconstruimos el andamiaje, la estructura, la esencia de un sistema que se hundió con el siglo XX en virtud del dramático cambio de nuestras sociedades desde el punto de vista generacional, tecnológico y de valores? Esta parece ser la pregunta crucial.

Todavía funcionan gracias a la bonanza económica ciertos resabios de la retórica pasada, donde las palabras grandilocuentes, adornadas con los billetes que las acompañan, pueden funcionar, pero parece que ya terminó el tiempo de concebir los partidos leninistas, los líderes ilustrados en el sentido clásico del tiempo y los discursos redentoristas y de un idealismo totalmente negado por la realidad cotidiana.

Algunas respuestas posibles

Asistimos en estos tiempos con miedo y desconfianza a un escenario latinoamericano que de bandazo en bandazo intenta encontrar respuestas a sus problemas. Me parece claro que lo que se ha dado en definir como “neopopulismo” está disfrazando un peligroso camino al autoritarismo y un probable camino al despeñadero económico. El liberalismo a ultranza no ha funcionado y la aplicación ortodoxa de lo democrático a la europea es necesario pero insuficiente, las democracias en precario equilibrio entre las dos direcciones en América Latina son regla, no excepción y comienzan a correr riesgos. Sobre esta realidad, la formulación de respuestas debe despojarse de prejuicios y reconocer algunos datos de la realidad cuya base está en el ciudadano, no en los gobernantes. Descubrir sus claves nos permitirá un nuevo diseño menos riesgoso e incierto que le que hoy enfrentamos.

De lo que se trata es de construir nuevos paradigmas, más flexibles, menos ortodoxos, rupturistas con teorías inamovibles y artificiales. Respuestas rápidas a desafíos rápidos, discursos menos densos y propuestas más concretas a sociedades descentralizadas, alejadas del poder secante y de liderazgos divinizados. Hay que construir partidos que estén con el vecino, con el líder regional y que lleguen al líder nacional de otro modo, hay que repensar el papel de los parlamentos (incluida la posibilidad de transformar presidencialismo en parlamentarismo) como instancias de mediación sin llegar al corporativismo. La vieja idea del movimiento obrero, sindical o gremial, ha desaparecido y da lugar a múltiples interlocutores definidos como “movimientos sociales” que no buscan las viejas utopías de igualdad y equidad, sino que pelean por intereses concretos y que frecuentemente han sido copados por mafias de poder. Descentralizar poder y liderazgo puede lograr interlocuciones en las instancias pertinentes con una capacidad de decisión no condicionada por el centralismo, pero en equilibrio para no perecer en la anomia. La recuperación de legitimidad de los nuevos partidos, dependerá de una nueva estructura en la que funcionen mecanismos básicos, la ética, la democracia interna, la alternabilidad en la cabeza, la representación de sociedades nuevas menos politizadas y más pragmáticas (en el sentido de lecturas adecuadas de la realidad inmediata más allá de las teorías puramente intelectuales o del cinismo descarnado).

Para ello es indispensable destruir los núcleos de poder que protegen intereses de elites reducidas dueñas de la economía y de “vidas y haciendas”. Mientras el poder

disfrazado de liberalismo, economía mixta o socialismo, no haga otra que construir costras parasitarias que chupan la sangre del Estado que somos todos, ningún discurso funcionará y la gente se dará cuenta muy rápidamente del truco (incluido el que nos venden medios masivos, más poderosos que las estructuras políticas clásicas, frivolidades e instrumentados por intereses muy concretos y pedestres). Hemos repetido hasta el cansancio que buscamos luchar contra la pobreza, la corrupción y por la inclusión, como para que esas palabras por si solas funcionen.

Pero a la vez - y esto es muy importante - hay que recuperar algunas ideas esenciales, clásicas y que no envejecen ni han sido superadas por la posmodernidad, que son la base del diseño de futuro para quienes de verdad creemos que la democracia es el único camino posible para nuestras sociedades.

La idea del pacto social, un pacto basado en premisas muy simples pero cada vez más difíciles de aplicar.

La primera es la garantía en ese pacto de que todos somos iguales, tenemos los mismos derechos y obligaciones, participamos (en un contexto racional, no demagógico ni callejero), estamos incluidos y respetamos al otro en su diferencia, con el objetivo de buscar la felicidad.

La segunda, que ese pacto tiene como base inexcusable el sometimiento a la ley que todos hemos acordado como común a nuestra sociedad, sin ningún argumento de naturaleza alguna que nos excuse de ese sometimiento.

La tercera, que ese pacto social es simultáneamente un pacto fiscal que nos permite sostener las estructuras del Estado del que formamos parte. El tributo es la contribución de cada ciudadano para que ese pacto funcione (ante este desafío hay que comenzar a buscar la respuesta más difícil de todas ante economías cada vez más informalizadas).

La cuarta, que acordamos elegir a quienes nos representarán en la administración del Estado y a aceptar que las razones por las que los elegimos estaban estipuladas el día en que los votamos a través de sus propuestas programáticas.

La quinta y última, que los mandatarios son servidores públicos sometidos más que ninguno a la ley, con poderes equilibrados y limitados a lo largo de su mandato y después de él (lo que debe incluir la alternabilidad en un tiempo razonable).

América Latina es una marmita en plena ebullición, cocina su plato de hoy para dar de comer a sus hijos mañana. De sus ingredientes depende que lo que comamos sea el plato delicioso que esperamos y no nos atragante e intoxique una vez más.

La Paz, noviembre de 2007



The Emerging Markets Forum is a not-for-profit initiative that brings together high level government and corporate leaders from around the world for dialogue on the key economic, financial and social issues facing emerging market countries - *a dialogue that concludes with consensus and commitment to actionable outcomes.*

The Forum is focused on some 50 emerging markets economies in Asia, Europe, Latin America, Middle East and Africa that share prospects of superior economic performance, already have or seek to create a conducive business environment and are of near term interest to private investors, both domestic and international.

The dialogue at the EMF Global and Regional Meetings is based on a Series of papers written by world-renowned authorities exclusively for these meetings.

For more information about the Emerging Markets Forum, please visit our website,

<http://www.emergingmarketsforum.org>

or email us,
info@emergingmarketsforum.org

The Watergate Office Building, 2600 Virginia Avenue, N.W., Suite 201
Washington, DC 20037, USA Tel: (1) 202 393 6663 Fax: (1) 202 393 6556

© 2007 Emerging Markets Forum, All Rights Reserved

**Latin America
Emerging Markets Forum 2007**